

Pero ¿qué pueden estos esfuerzos sacrilegos contra Aquel, de quien celebrara sus glorias la Santísima Virgen? ¿Qué valen estos altivos conatos contra Aquel, que derriba á los soberbios y ensalza á los humildes? La fé y la experiencia nos aseguran, que en vano el hombre soberbio se levanta contra Dios, el cual derrama la copa de su ira cuando la medida de los pecados está llena. Los soberbios del mundo tendrán tambien un día que repetir aquellas palabras de un profeta: Por haber violado los divinos preceptos, por esto la maldicion divina ha devorado la tierra (1). Miserables gusanillos; ¿podrían reirse en su audacia, cuando el primero y el más noble de los espíritus celestiales fué sepultado por razon de su audacia en los eternos suplicios?

Procuremos, pues, hermanos míos, imitar á María en la humildad, mediante cuya virtud se alcanza la verdadera grandeza, recordando que solo los humildes ocuparán los sáculos que perdieron los ángeles rebeldes. Cantemos tambien nosotros los triunfos de la divina justicia, adorando sus consejos; y evitando los pensamientos y las obras de los poderosos soberbios, celebremos los triunfos de las divinas misericordias, venerando sus ternuras, y haciendo todos los esfuerzos posibles de entendimiento y de corazon para merecerlos. Y al mismo tiempo, admirando á María, sublime en la gloria á que llegó, merced á su humildad y á la baja consideracion que tuvo siempre de sí misma, procuremos poseer esta virtud cuanto nos sea posible, para que un día podamos tener parte en sus grandezas.

(1) Isaías XXIV, 5.

DISCURSO XXVIII.

AMOR Á LA POBREZA.

Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.

Colmó de bienes á los hambrientos; y á los ricos los despidió sin nada. (Luc. I, 53).

Al querer la Virgen Santísima celebrar el poder divino, lo ve brillar con deslumbrante esplendor cuando humilla la soberbia de los sábios, y abate la osadía de los grandes; y cuando castiga la altanería de los ricos, reduciéndoles á la pobreza. Elevada en extáticas contemplaciones, habla en su himno de los tres modos, con los cuales suele manifestarse el brazo omnipotente de Dios. Dice: que deshace las miras del corazon de los soberbios; y estas palabras se refieren al primer modo, con el cual el Señor muestra que, á su presencia, la orgullosa sabiduría de los hombres es como polvo. Añade: que derriba del sáculo á los poderosos, refiriéndose al segundo modo empleado por el Señor para mostrar, que ante Él de nada sirve la altanería de los potentados del mundo; y concluye diciendo: que á los ricos los despidió sin nada; y aquí habla del tercer modo empleado para demostrar, que á su presencia no tienen ningun valor las riquezas de los opulentos orgullosos. Mas, así como Dios une siempre la misericordia á la justicia, tambien la Virgen, al mismo tiempo que habla de la justicia con la cual humilla á los soberbios, abate á los poderosos y empobrece á los ricos, lo hace, igualmente, de la misericordia con que ensalza á los humildes, glorifica á los pequeños, y enriquece á los pobres que se conforman con su voluntad y observan su santa ley. Ya que en discursos precedentes nos hemos ocupado de la justicia y de la misericordia con relacion á los soberbios y á los humildes, á los poderosos y á los pequeños, voy á hablar ahora de

la propia justicia y de la propia misericordia por lo que mira á los pobres y á los ricos.

Para eso no será preciso que descienda á examinar por partes, las máximas anticristianas que se profesan en el mundo con relacion á la riqueza y á la pobreza. Un exámen semejante exigiría un discurso demasiado extenso. Así, pues, paréceme, que recordando la bienaventuranza prometida por Jesucristo á los pobres de espíritu, y el ejemplo de María, que fué pobre y amó la pobreza, cualquier hombre juicioso deducirá la inevitable consecuencia que intento insinuar en vosotros, esto es, que á los deseos de riquezas debe anteponerse el amor á la pobreza impuesta por Jesucristo y practicada por María. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Las llagas sociales de nuestros días son, principalmente, el naturalismo y el utilitarismo. Se ha querido con el primero, quitar del cristianismo cuanto pase de los límites de lo natural; y con el segundo se ha procurado, ir detrás de lo que, segun las ideas modernas, es el propio interés. Todo lo que no está de acuerdo con estos nuevos principios se toma por exageracion de ascetismo, por prácticas de misticismo, y por extravío hiperbólico de inteligencias de cortos alcances. La perfeccion humana, y mucho ménos la cristiana, no consiste en eso; Jesucristo ha llamado bienaventurados, no á los que guardan en los cofres abundantes caudales, sino á los pobres.

Esta verdad nos la demuestra la experiencia diaria. ¿Quién ignora, que las riquezas se alcanzan con fatigas, se poseen con temor, y se pierden con dolor? Refiera el avaro, las privaciones á que se condena, para que no disminuya el dinero encerrado en la triple arca de hierro. Diga el negociante, las incomodidades, los enojos, los viajes y las disputas que debe sostener en detrimento de su paz y de su salud, para amontonar dinero. Cuente el hacendado, cuantas veces tiene que temer las caprichosas catástrofes de la fortuna, los trastornos sociales, la traicion, el robo, las ruínas y los incendios. De estas y otras parecidas angustias se encuentran ciertamente libres los pobres.

No obstante; el divino Maestro no dijo solamente: bienaventurados los pobres, sino los pobres de espíritu; y por lo mismo, no se refería á todos los pobres, sino á los piadosos, que, favorecidos con riquezas, viven con el corazon desprendido de los bienes terrenos; ó á aquellos, que nacidos en la pobreza, viven resignados, sin murmuraciones ni impacencias. Por consiguiente, sus palabras se refieren á aquellos,

que por amor á la virtud no se afanan en procurarse la superabundancia de bienes terrenos y de dinero, que desgraciadamente es de ellos el instrumento universal; sino que más bien temen esta superabundancia conociendo sus peligros, previendo sus seducciones, y no ignorando la enorme deformidad que guarda con la doctrina del Evangelio. Y si por condicion de estado son opulentos, se mantienen alejados de sus riquezas con la voluntad; y una de dos, ó se despojan prontamente de ellas, ó se aplican á servirse de las mismas para los fines por los cuales recibieron de la Providencia un dón tan peligroso. En cuanto á aquellos á quienes nada falta de lo necesario, y aún de lo superfluo, y están siempre cavilando como adquirirán mayores riquezas, y que se creen pobres á pesar de ser ricos, claro está que no ván incluidos en la prometida bienaventuranza.

Tampoco el reino de los Cielos será de aquellos, que, ó por reverses de fortuna, ó por no poderse ganar el sustento de un modo conveniente, comen el pan diario pidiendo limosna y visten andrajos, siempre y cuando no consideren su pobreza como una virtud. La pobreza, considerada en sí misma, es de suyo desagradable: con todo, ella es laudable en cuanto libra de aquellas cosas que sirven de obstáculo al hombre para atender á los intereses espirituales ó del alma; por lo tanto, segun la mayor ó menor medida, con la cual, por medio de la pobreza, se ve libre de los expresados obstáculos, se mide su mayor ó menor bondad.

Pobre de espíritu fué María. Como quiera que se considere la pobreza de espíritu, ya sea con relacion al ánimo desprendido de los bienes terrenos, ya con relacion al espíritu resignado en la falta de riquezas y en la privacion de las cosas necesarias á la vida, Ella se nos ofrece incomparable en ambos casos. Solo indicaré algunos hechos, dejando para vosotros, hermanos míos, el juzgar si es ó no verdad lo que os digo.

María fué incomparable, considerada la pobreza de espíritu con respecto al corazon desprendido de los bienes terrenos. Aunque descendiente de ilustres antepasados, jamás se quejó por las perdidas grandezas, ni se lamentó, por las desvanecidas magnificencias terrenas. Nadie mejor que Ella supo, que es una locura buscar la felicidad en una region de lágrimas, de destierro y de muerte; nadie mejor que Ella conoció, que solo á Dios, bien infinito, toca llenar la infinita capacidad del corazon humano y saciarlo. Por lo tanto, absorta en Dios, nada quiso de los bienes mundanos, nada de los honores ni de los placeres, nada de las condiciones elevadas, del propio

modo que no desdeñó el ser esposa de un carpintero, el cual vivía con el trabajo de sus manos. Con heroica abdicacion de todo lo terreno, amó lo que el mundo tenía por más despreciable; amó lo que el mundo aborrecía en más alto grado; y considerándose muerta á este mundo para vivir solamente en Dios juntamente con Jesucristo, á Él elevó de continuo sus miradas, rogándole que la librara de las lisonjas del siglo.

María fué incomparable por lo que mira al espíritu resignado en la falta de riquezas. Pobre la contemplamos al llegar al pesebre, donde debe nacer el esperado Mesías, puesto que recorriendo las calles de la ciudad y llamando tímidamente á todas las puertas, por estar falta de dinero no encuentra ningun Belemita que la quiera albergar por amor de Dios. Pobre la vemos en su Presentacion al Templo para cumplir con la ley de la Purificacion, puesto que ofreció para rescate de su Hijo lo que se exigía de los más pobrecitos. Pobre se nos ofrece en su huida á Egipto, ya que léjos de la patria y en medio de un pueblo que rechazaba desdeñosamente á los extranjeros, tenía que trabajar aún gran parte de las noches para subvenir al escaso é insuficiente salario de su esposo; y más bien que lamentarse, considerando transitoria la figura del mundo y pasajeros sus bienes, sufría con ánimo resignado las varias tribulaciones que lleva consigo la pobreza, amontonando nuevos méritos con la paciencia. Había puesto su confianza en Dios; y aunque falta de las cosas necesarias á la vida, permanecía como palma de Cades, que no cae á pesar de la furia de huracanados vientos; como el monte de Sion, que no se desmorona no obstante los fuertes vendabales y las deshechas tormentas.

Esta fué precisamente la doctrina de Jesucristo. Cuarenta siglos habian transcurrido, desde que los desengañados hijos de Adán, desviviéndose por amontonar dinero, extender poderes y dilatar dominios, creían que su felicidad se basaba en tales bienes. En seguida del advenimiento del divino Maestro, y emprendida por Él la obra benéfica de instruir en persona á los hombres, proclamó, acerca de este importantísimo asunto, una teoría enteramente nueva, con enseñanza absolutamente opuesta á todas las ideas del mundo, y á todos los principios de la sabiduría del siglo. Indicó en una parábola el fin de los avaros, que ponen su corazon en las riquezas (1). Declaró, que

(1) Luc. XVI, 22.

sería más facil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos (1). Dijo, que la perfeccion consistía en vender todo cuanto se posea, distribuirlo entre los indigentes, y seguir sus huellas (2). No es necesario repetir las fórmulas de toda suerte, y las conmovedoras figuras con que en todas sus pláticas se declara protector de los desgraciados. Basta recordar, que llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (3). De esta suerte mostraba, cuan indigno era de sus imitadores el amor desordenado á las riquezas y á los demás bienes terrenos; con tales modos predicaba la ciencia de la mortificacion y de la cruz.

Y Él, que hubiera podido limitarse á imponernos la pobreza de corazon con la autoridad del precepto, quiso inculcárnosla con el ejemplo. Dos eran sus ministerios, el de Redentor y el de Reformador; y si para redimir á los hombres podía sentarse en el trono de un Salomon, porque una sola de sus lágrimas hubiese sido de un precio exorbitante para la redencion de mil mundos, para reformarlos, debía vivir en medio de las tribulaciones y de las angustias; debía ser mortificado, para enseñar con su ejemplo la penitencia á los hombres; debía ser pobre, para insinuar con su ejemplo la pobreza en nuestro ánimo; y debía encontrarse privado de la más insignificante comodidad, para confundir con su ejemplo nuestra avaricia, la cual arrastra á vituperables excesos.

Despues de las enseñanzas y del ejemplo de Jesucristo, la pobreza, que era mirada ántes con desprecio y con sentimiento de reprobacion, contó innumerables prosélitos. En los primeros tiempos, cuando la persecucion enfurecía contra los discípulos del Crucificado, aquellos buenos fieles oían tranquilos el decreto de la confiscacion de sus bienes, y con ojos indiferentes contemplaban su rapiña, y solamente deseaban adquirir los tesoros divinos. En tiempos posteriores, cuando los cristianos no eran ya proscritos por profesar la verdadera fé, se apresuraron á despojarse voluntariamente de sus riquezas. Entónces nobles y plebeyos, vírgenes y matronas respetabilísimas, distribuyeron á los pobres sus cuantiosos tesoros, habitaron en las grutas y en las cuevas, y libres de todo impedimento terreno, pensaron solo en Dios. En tiempos más próximos, San Luís lava los piés á los mendi-

(1) MATTH. XIX, 24.

(2) MATTH. XIX, 21.

(3) MATTH. V, 3.

gos; Isabel de Ungría besa las llagas de los leprosos; el Serafin de Asís y enteras muchedumbres, con la cabeza raída, descalzos los piés, visten un toscó sayal, ciñen sus costados con áspera cuerda, y, renunciadas las comodidades del hogar doméstico, pasan la vida en el desprecio del mundo, en la mortificación de la carne y en la abnegación de la propia voluntad.

De éstos y de los demás hombres que les han seguido, hasta en el cuidado de las familias, y en medio del estrépito de las ciudades, habla María cuando dice, que Dios les ha colmado de bienes. Aquí el corazón debe dar lugar al gozo, porque, no se dice que Dios les consolará, sinó que les ha consolado; no que les colmará de beneficios, sinó que les ha colmado ya de sus dones; no que ellos poseerán todos los bienes, sinó que los poseen ya. Y en verdad, que poseen todos los bienes poseyendo el Reino de la gracia, que es inmensamente superior al reino de la naturaleza.

De lo considerado hasta aquí se desprende fácilmente el sentido de las últimas palabras del versículo del *Magnificat*, sobre el cual versan nuestras reflexiones: á los ricos Dios les despidió sin nada. Cierto, que no es necesaria mucha perspicacia para comprender, que debe usarse una conducta diferente para con aquellos, que se encuentran en condicion de ánimo opuesta á los pobres de espíritu; y así como éstos son enriquecidos, sus contrarios viven despojados de todo bien verdadero. Desde el momento que hacen consistir la verdadera riqueza en la posesion de los bienes miserables y caducos de esta tierra; desde el instante que ni siquiera prestan atención á la doctrina, ni mucho ménos imitan los ejemplos de Jesucristo y de su Santísima Madre, María, por un capricho insensato se privan de los gozos del alma, de los placeres del espíritu, y se privan de las verdaderas riquezas, de los verdaderos bienes. Seducidos por los halagos del mundo, embriagados con las pompas de la tierra, codiciosos de satisfacerse á sí mismos para gozar de alegría y contento, conocen al fin, que es una miserable ilusión la suya; y por más que se hayan abandonado á ella, con todo, no la prestan toda la fé, puesto que sienten un vacío, ó para expresarme mejor, su nada. De ahí, el que envidien en su corazón las puras y santas riquezas de los pobres de espíritu, y de aquellos que peregrinan acá en la tierra mirando incesantemente al Cielo; y también por su propia confesion, tácita ó expresa, se verifican plenamente las palabras de María, esto es: que Dios colmó de bienes á los pobres, y á los ricos les despidió sin nada: *Esurientes implevit bonis, divites dimisit inanes.*

De lo expuesto en este discurso, no saquén motivo de espanto aquellos fieles, en cuyas manos la Providencia ha colocado riquezas en mayor ó menor abundancia. Lo que Dios manda no es la privación de bienes materiales, sinó la pobreza de espíritu; y, por consiguiente, aún las personas más acaudaladas pueden ser pobres siempre y cuando su corazón no esté demasiado apegado á las riquezas, no las malgasten en lujo y vanidades, y distribuyan, segun su posición, el producto de ellas á los pobrecitos. Las riquezas no son reprobables en sí mismas; pero, pasan á serlo si se emplean mal. Así, pues, los ricos, con todas sus riquezas pueden ser pobres de espíritu, si reconocen como recibidos de la liberalidad divina los bienes que poseen, y están dispuestos y prontos á usar de ellos segun la voluntad de Dios; cuanto más grandes son á los ojos de los hombres por la abundancia de sus riquezas, tanto más han de humillarse en la presencia del Señor. No se les ordena que renuncien los bienes temporales que poseen, sinó que los empleen santamente en obras de piedad y de beneficencia; no se les manda que sean pobres, como los mendigos y los pordioseros, sinó que sean pobres de espíritu. Con esta pobreza adquirirán méritos para la bienaventuranza prometida á los pobres evangélicos y despreciadores de las vanidades del mundo, serán los hijos predilectos de Jesucristo.

En cuanto á vosotros, pobrecitos, que apenas teneis con que cubrir vuestros macerados miembros, mirad el ejemplo de Jesús y consolaos. No cabe duda que en su venida al mundo, el Hijo de Dios podía rodearse de pompas, sentarse en un trono y vivir en palacios. Si en vez de esta condicion, que es la condicion de los ricos, quiso escoger la miseria, que es vuestra condicion, debeis consideraros en mejor situacion que los ricos. Consolaos, puesto que llevais la divisa de Jesucristo; pero, procurad sufrir, á imitacion suya, con paciencia vuestras necesidades, no envidieis los bienes ajenos; resignaos á la voluntad divina, huid del vicio, amad la virtud, y sed en realidad pobres de espíritu del mismo modo que estais faltos de bienes, siendo únicamente esta la pobreza digna de la prometida bienaventuranza.

Hé ahí, hermanos míos, descubierto el secreto admirable para ser felices en los días del destierro y felicísimos en la eternidad. Si la vida presenté, pobre ó rica, causa siempre disgustos y melancolía, todo gozo y consuelo debe aguardarse de los bienes celestiales. Esto nos dice Jesús, esto nos repite María; é imitando á Jesús y á María se encuentra indefectiblemente aquella felicidad que el mundo no dá ni podrá dar jamás á sus adoradores. Por lo tanto, desengañados

del mundo y de sus vanidades, acerquémonos á Jesús por medio de María, con corazón verdaderamente contrito y resuelto á vivir según las reglas de la fé católica, y de esta suerte disfrutaremos de una alegría que no es posible hallar en la tierra, de aquella paz que no procede de las riquezas terrenas, de aquel júbilo de espíritu muy superior á todo deleite mundano, y juntamente con todo esto, la esperanza de poder, pasados los breves instantes de nuestra vida, habiendo participado de la humildad y de los padecimientos de nuestro Salvador acá en la tierra, participar de su gloria en la vida futura.

DISCURSO XXIX.

RECUERDO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordie suae.

Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo. (Luc. I, 54).

De todos los homenajes que el hombre rinde á Dios, el más santo, el más grato y el más acepto es el de los afectos. Criador del Cielo y de la tierra, autor de la naturaleza y de la gracia, supremo dispensador de todos los bienes, Dios no tiene necesidad de oro ni de piedras preciosas, puesto que las piedras preciosas y el oro son á sus ojos como arena y barro. Él mismo condenó á los Escribas y á los Fariseos, que, al paso que ofrecían algunos tributos, andaban llenos de impurezas. No obstante, siempre podemos rendirle un homenaje puro como el aire, é incorruptible como el Océano, que, siendo absolutamente nuestro, se dá y no se vende, el homenaje de nuestros afectos. Este homenaje, con preferencia á toda otra cosa, quiere el infalible escudriñador de los corazones; este homenaje nos hace tomar parte en la comunión de los Santos, y elevar con confianza, conocedores de la humana flaqueza, nuestras súplicas al trono del Altísimo.

Es precisamente el homenaje de los propios afectos el que la Virgen ofrece á Dios en el cántico del *Magnificat*. Hemos visto hasta ahora, de que modo dirigió á Dios sus pensamientos, ensalzando sus grandezas, y tributando á su gloria todo honor y toda alabanza; de que modo le dirigió sus afectos, confesando las gracias recibidas, y el gozo que la embriagaba deliciosamente con suavísima dulzura á causa de las gracias recibidas; y en fin, como le dirigió su voluntad, admirando los prodigios que el Todopoderoso había obrado para la humillación de los soberbios y la glorificación de los humildes. Ahora